

El año 1871, fué funesto y fecundo en tristes sucesos para México, y la contienda civil, tomó carácter verdaderamente imponente.

El motín del 1.º de Octubre señaló una fecha de sangre: los sublevados, se hicieron fuertes en la Ciudadela, apoyados por cuerpos de policía y presos de Belén.

El presidente Juárez, se instaló en la comandancia militar y desde allí dictó órdenes y encargó al general Sostenes Rocha, restableciera el orden, batiendo á los sublevados. Estos fueron vencidos: la lucha fué sangrienta.

Tales causas acarrearón prisiones, fusilamientos y severas medidas represivas.

El Congreso, declaró electo presidente de la República al señor Juárez, el 1.º de Octubre de 1871 por mayoría de votos y el partido constitucionalista recurrió á las armas, contra la reelección.

El general Porfirio Díaz, desconoció al Gobierno, proclamando su plan de la «Noria» el 8 de Noviembre adjudicándose como caudillo, el mando en jefe de las fuerzas y la facultad de crear una Junta de notables.

El 17 de Noviembre ocurrió el alzamiento de Mazatlán y el 29 de Diciembre, se dió la encarnizada batalla de Sindihuí, (Oaxaca.)

Las tropas porfiristas, estaban mandadas por el general Mier y Terán, y las del Gobierno, por el benemérito y caballeresco general Francisco Loaeza, nacido en Oaxaca, y uno de los hombres más rectos entre los militares de aquella época.

En la acción de San Mateo de Sindihuí, fué gravemente herido y estuvo largo tiempo sufriendo las consecuencias.

El general Porfirio Díaz, después del reñido combate hizo retirada á la Sierra, siguiendo á Tepic, después á Sinaloa, dando un manifiesto en Concordia, hasta que por último se presentó en Chihuahua.

El orden publicó siguió vacilante en los comienzos de 1872 y el 2 de Marzo, tuvo lugar el encuentro de las fuerzas del general Rocha, contra las de Porfirio Díaz, que habían tomado posiciones en el cerro de la «Bufa» (Zacatecas,) dispersándolas completamente con la valentía peculiar en el más

osado de los generales mejicanos, que á sus conocimientos militares, reunía una temeridad sin par, pues que varias veces había hecho avanzar á su caballo á distancia de sus soldados, asaltando las trincheras enemigas.

En varias crónicas, se consigna, que el general Rocha, ordenaba matar al militar, oficial ó soldado, que vacilase en cumplir con su deber. Su rudeza y rigor, no tenían límites dándose ocasión de sobrenombrarlo el nuevo «Atila.»

El 8 de Julio, las fuerzas de Porfirio Díaz, evacuaron la plaza de Monterey que ocupó el general Ceballos, con sus tropas.

El 18 de Julio de 1872, se extinguió la gloriosa vida de don Benito Juárez; como presidente de la Suprema Corte, asumió el mando interino el 28 del mismo mes, don Sebastián Lerdo de Tejada, y más tarde, su reputación, su recto criterio y su larga carrera administrativa, le conquistaron la mayoría de votos para en propiedad ejercer la suprema magistratura.

No dejaron de abrigarse risueñas esperanzas para aquel período presidencial, dadas las condiciones del señor Lerdo de Tejada y su sabiduría política, esperando que su observativa imparcialidad en el terreno de las grandes reformas administrativas, le diese acierto para gobernar. El 1.º de Enero de 1873 se inauguró la costosa y bellísima línea ferroviaria de México á Veracruz, la primera que se establecía en la República y tal vez la más ventajosa.

El 17 de Enero, el cabecilla Manuel Lozada, se disponía en Tepic, para caer sobre Guadalajara invadiendo con sus feroces bandoleros, algunos pueblos de Jalisco y Sinaloa, avanzando con ocho mil hombres hasta el sitio llamado la «Mohonera,» en las cercanías de Guadalajara.

El combate se entabló con las tropas del Gobierno que se componían de dos mil hombres de la 4.ª División, á las órdenes del intrépido general don Ramón Corona: el ataque obtuvo completo éxito y las bandas de Lozada, fueron completamente derrotadas.

Al día siguiente del encuentro de la «Mohonera,» ocurrió un fenómeno por demás extraordinario y que los estudios de la ciencia, no han podido aún definir: en la villa de San Ig-

nació (Estado de Sinaloa,) cayó una lluvia de azogue abundante, con asombro del vecindario.

La política, es lo menos subjetivo que existe en la creación y se observan en ella, las anomalías más extrañas y los resultados más en contraposición con todo lo previsto. La idea que acabamos de emitir se manifestó en vasta escala en la administración del señor Lerdo de Tejada.

Diffícil es por demás, á raíz de los hechos y cuando éstos no han pasado por el crisol del profundo estudio histórico y de la labor del tiempo, ahondar en aquéllos, ni permitirse opiniones tal vez equivocadas y que resultasen más tarde, contrarias á la verdad de la historia.

El presidente de México, en el período de 1872 á 1876, era un gran estadista dotado de profunda instrucción y conocedor de las ciencias legales y políticas, siendo su misión de las más felices cuando después de los azarosos períodos presidenciales de don Benito Juárez, quedaba la República, dispuesta á secundar cuantas disposiciones fueran en favor del principio de autoridad, de orden y de progreso.

Para el privilegiado talento del señor Lerdo, era tarea fácil llevar á cabo una grande obra política, fecundísima en bienes para su patria y gloriosa para él.

Tuvo su Gobierno que luchar con la guerra civil, dividiendo sus aptitudes, su sagacidad política y su brillante capacidad intelectual, entre los deberes administrativos y los que le imponía la actitud de sus adversarios políticos y aun de aquellos, que con el pretexto de atacar sus actos, sembraban el espanto y la ruína en determinados lugares de la República.

El día 6 de Julio de 1873, fué preso Manuel Lozada, que era responsable y tenía sobre su conciencia, crueldades sin cuento y crímenes incalificables, debiéndose su captura, al que él creía su amigo más fiel Andrés Rosales.

Era Lozada, una especie de cacique ó patriarca de tribus indígenas como en siglos primitivos: se le llamaba «El Tigre de Alica» porque con ese nombre, se conocía en la Sierra el escenario de la mayor parte de sus crímenes. Indio de pura raza, fué contrabandista, salteador y revolucionario: el Emperador Maximiliano tomándolo como auxiliar para la guerra,

le nombré general de división y comendador de la Legión de Honor. Tepic, fué el centro de las rebeliones, y allí acudían los enemigos del gobierno de Juárez, donde encontraban asilo seguro y elementos para sus correrías.

Lozada, llegó hasta pensar en sentarse en el trono de Moctezuma, envalentonado por los honores y por la triste celebridad que tenía; con esa idea formó tres cuerpos de ejército, pensando con sus tropas apoderarse de Jalisco, Sinaloa y Zacatecas; las tropas federales, le dieron caza, le hicieron prisionero y le fusilaron en Tepic, el 19 de Julio, siendo según el parecer de muchos, pequeño castigo, para la enormidad de sus crímenes.

El 5 de Octubre, de aquel mismo año, hizo promulgar el Gobierno, por bando, la declaratoria de ser leyes constitucionales, las de la reforma.

Si hubiera de darse crédito á las añejas preocupaciones, podrían calificarse como presagio de funestos sucesos los fuertes temblores de tierra en Chachihuites (Zacatecas,) ocurridos el 12 de Enero de 1874, la inundación que el 6 de Julio, destruyó un largo trayecto del ferrocarril en Boca del Monte y la aurora boreal del 5 de Enero de 1875.

La fermentación era mucha, con motivo de las adiciones á la ley constitucional, por la que se extinguían las últimas comunidades religiosas en México, y tanto en la capital como en otros de los departamentos, hubo protesta muy caracterizada del clero y otras por las firmas de señoras de la alta clase social, iniciándose nuevos movimientos revolucionarios en Michoacán, con la bandera «Religión y Fueros» mezclándose con los desórdenes sediciosos, el terror que los terremotos de Jalisco, Guadalajara y otros puntos inspiraban á los pueblos, añadiéndose también el de los incendios de Tampico y Zupango.

Bajo funestos auspicios comenzó el año de 1876: el descontento era general y como el derecho de los pueblos, cuando éstos no obtienen su justa acción, es la protesta, ya pacífica ó por medio de las armas, á ellas apelaron los mejicanos cuando la incierta y desacertada marcha del señor Lerdo de Te-

jada los impulsó á levantarse después de que anticipadamente numerosos y fieles amigos, le hicieran observaciones juiciosas que de haberlas escuchado, hubieran sido favorables para el gobernante y propicias á la vez para evitar una nueva lucha civil, que debía despertar antiguos odios, haciendo estériles los grandes esfuerzos para la unificación de los partidos.

La perspicacia del señor Lerdo, falló entonces, pues no le hizo adivinar la proximidad del abismo hacia el cual corría, impulsado por sus errores administrativos y por un optimismo incalificable, dando lugar á que hombres como los generales Rocha, Porfirio Díaz, y Cortina, se sublevaran contra el Gobierno y se alzaran en armas en Tuxtepec (Oaxaca.)

Allí se proclamó un plan revolucionario por el cual, se desconocía al Gobierno de don Sebastián Lerdo de Tejada y al Congreso, reconociendo como caudillo del movimiento al general don Porfirio Díaz.

Dispuso el presidente salieran fuerzas para batir á los sublevados poniéndolas á las órdenes del general don Ignacio R. Alatorre, cuando ya el partido constitucionalista, había alcanzado algunas ventajas.

El 18 de Febrero, se dió la encarnizada acción en el cerro del Jazmín (Estado de Oaxaca,) y cerca de Yanhuatlán. Lamentable fué este combate en el cual perdió el Gobierno dos oficiales muertos, noventa y siete soldados, un jefe herido, gran número de tropa, dispersos varios oficiales y más de trescientos soldados, con el extravío de cuatrocientas cuarenta y ocho piezas entre fusiles, carabinas, etc.

En cuanto á los porfiristas, también sufrieron grandes pérdidas entre muertos y heridos. De nuevo se batían hermanos contra hermanos: una vez más la lucha civil hacía derramar sangre heroica y generosa, en sucesivos combates, como el de San Cristóbal, Suchistlahuaca. Grande también fué el derramamiento de sangre en la batalla de Ecamole, entre las tropas constitucionalistas y las de Lerdo de Tejada á las órdenes del general Fuero. Otro hecho de armas, tuvo lugar en San Juan de Patlán (Estado de Puebla,) en donde sublevados y gobiernistas, pelearon con encarnizamiento y encon-

traron la muerte dos generales. El 31 de Mayo se empeñó la acción de Ajuchitlán (Querétaro.)

Ya el 2 de Abril de 1876, había ocupado el general Díaz, el puerto de Matamoros, y en el campo de Palo Blanco (Tamaulipas,) reformó el plan de Tuxtepec. Por otra parte el presidente de la Corte Suprema Iglesias, desconoció la reelección de Lerdo, realizada ya alegando que muchos de los Estados votantes no podían haber emitido libremente su voto, por hallarse en estado de sitio, y asumiendo la vicepresidencia de la República, se trasladó al Estado de Guanajuato, arrogándose el poder, por haber sido violada la Constitución.

Las tropas que el Gobierno destinaba para sofocar la sedición de las sierras al detenerse en el Estado sublevado, se unieron á las fuerzas de Iglesias, resolviendo apoyar á éste apenas el período legal de Lerdo hubiese terminado.

En vano el presidente apeló á conjurar el peligro, con cambios de gabinete y medidas extremas. En vano intentó recurrir á sus leales, porque su impopularidad era tan completa, que no encontró quien le prestase cooperación.

Las fuerzas de las dos insurrecciones de Oaxaca y Guanajuato, se unieron en Tecuac y dadas las circunstancias que atravesaba la República y al iniciarse un levantamiento casi general, era lógico que el mantenedor de las instituciones liberales, en el campo de batalla durante largos años, asumiera la responsabilidad en la nueva campaña, como así lo hizo el general Díaz, hasta obtener completo triunfo y ocupar la capital el 24 de Noviembre de 1876, ceñido con los lauros del patriotismo y de la victoria.

El Gobierno de Lerdo de Tejada, se derrumbó por su base y aquel primer magistrado de la nación, víctima de sus propios errores tomó el camino del destierro dirigiéndose á Nueva York, donde permaneció cerca de trece años falleciendo en 1889.

Allí, en la Quinta Avenida, en una casa francesa (la de madame Clermont,) conoció la que traza este boceto, al hombre público, al que se consideraba como el primer abogado de México. Allí se extinguió su existencia amargada por las decepciones y entristecida por el ostracismo.

La vida política del señor Lerdo de Tejada, se presta á tristes y filosóficas observaciones, si bien en estas páginas, ha sido trazada á grandes rasgos y puede condensarse en pocas palabras.

Fué demostración gráfica de autoritario carácter: ejemplo de obcecación política, funesta por extremo para su patria.

CAPITULO ALFONSO



Porfirio Díaz

GENERAL PORFIRIO DIAZ

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO Y LINEA DE ORIENTE. Año 1867

Don Porfirio Díaz

PRIMERA ÉPOCA

Mediaba el siglo XIX, cuando á través de encarnizadas luchas y de sangre generosa derramada en los campos mejicanos, se habían rendido décadas y décadas, en continua pugna con los partidos que ya en la capital ó bien en los Estados, se alzaban para satisfacer sus ambiciones, ó con noble impulso patriótico para consolidar las instituciones y constituir un gobierno liberal que asegurase la paz y una marcha recta administrativa.

La funesta guerra con los norteamericanos, no sólo había causado la ruína de la nación, sino producido grandes estragos en todas las esferas sociales, esterilizando cuantos enérgicos esfuerzos se habían hecho en pro de la Hacienda pública y para llevar á á buen término la transformación de la República, urgente y reclamada, por la cordura y por el patriotismo.

En aquella lucha con los Estados Unidos, que algunos de los mandatarios habían querido evitar por creerla y con razón funesta para la patria, se encontraban en pugna las ambiciones de gloria, con las bastardas de los partidos; con el latente espíritu de anarquía; con las precarias condiciones en que se encontraba el erario; y á las personas sensatas no se les ocultaba la superioridad de aquel pueblo, que en son de guerra

invadía el territorio mejicano y que á no dudarlo, después de sangrienta campaña, obtendría el triunfo y como conquistador, haría pesar sobre el infortunado México, el derecho de imponer vejatorias condiciones, y sin embargo, ya no era posible ni retroceder ni someterse sin rudo combatir á la invasión.

Los caudillos políticos habían explotado la situación, y en vez de proclamar la Unión es la Fuerza, se dividían entre sí, vigorizando al enemigo.

La bandera de las estrellas ondeaba ya en Veracruz, y el norteamericano se imponía como señor, cuando en Oaxaca, un joven, casi un niño de diecisiete años, pidió un puesto para batirse en las filas nacionales, contra el orgulloso y osado ejército, que amenazaba adueñarse de aquella tierra libre y heroica.

La sangre hervía en las venas del futuro guerrero, y ya se revelaban en él las enérgicas condiciones que habían de conquistarle universal admiración.

Aquel niño era Porfirio Díaz, que educado modestamente en Oaxaca, su ciudad natal y huérfano desde la infancia, alentaba en sí todas las aspiraciones, todas las vehemencias, todos los entusiasmos, del ciudadano, dispuesto á dar su vida y á sacrificarla en el altar del heroísmo.

Porfirio Díaz, había tenido una niñez triste y una adolescencia, no exenta de privaciones y de amarguras: la suerte le fué contraria en los primeros años de su vida, pero tenía carácter firme, resuelto, perseverante y una voluntad inquebrantable, que nada ha podido doblegar después.

En 1849, ingresó en el Instituto de Ciencias y Artes, cuando contaba dieciocho años (había nacido en Septiembre de 1830,) y con entereza se dedicó á los estudios de jurisprudencia y adelantó rápido, obteniendo las notas más sobresalientes: en contienda tenaz con su escasez pecuniaria, trabajó para crearse posición y al triunfar el plan de Jalisco, tomó las armas con los liberales á las órdenes de Herrera, y combatió demostrando ese indomable valor, sereno y audaz, que le reservaba lauro inmortal.

Hay seres que nacen con singulares privilegios y forjados en moldes de granito y de acero, resisten todas las tempestades de la vida y en ellas sobresalen gigantescos.

Así, en esa existencia tan brillante, tan útil, á su patria, se observa algo más que el valor del soldado; algo más que el amor propio, lógico en el militar pundonoroso; más todavía que el sagrado cumplimiento del deber, y que el juvenil ardor ingénito en toda naturaleza apasionada y ardiente.

En Porfirio Díaz, se agitaba el corazón de un héroe; palpitaba la ambición de gloria y en su primera jornada militar debió fortalecerse la esperanza de adquirir fama imperecedera y grabar su nombre, en la historia mejicana. Abarcó entonces con su mirada de águila, lo que era un pueblo vindicador de sus privilegios individuales y quién sabe, si ya desde aquel instante soñó, acarició la idea de ser el reformador, el pacificador, el primer caudillo del progreso y de la libertad.

En los diferentes cargos que desempeñó al comenzar su carrera militar, reveláronse las especiales condiciones de su carácter, que al andar del tiempo debían ser tan bienhechoras y de tal valía para México.

Observador activo, dotado de excelente sentido práctico y poseyendo en alto grado el espíritu liberal, apenas el general Alvarez proclamara en 1855 el Plan de Ayutla, cuando se le vió prestar importantes servicios, desplegando el arrojo del soldado á la vez que la previsión del estadista.

En el cargo de subprefecto del departamento de Ixtlán, luchó sucesivamente con la escasez de recursos, con las dificultades para organizar fuerzas é improvisarlas, abasteciéndolas con todo aquello de que carecían para el necesario sustento, el que con frecuencia, Porfirio Díaz, buscaba en el campamento enemigo, conquistándolo con su espada y sin vacilar ante los peligros ó los sufrimientos.

Desinteresado y leal, celoso guardián de su honor militar y de los principios que profesaba, se le ve siempre y en diversas ocasiones sacrificar en el altar de la prosperidad é interés general, el suyo propio, y levantar en su corazón un santuario al amor patrio y al deber.

Ya empezaba la lucha de Reforma, que durante largo tiempo causó tan serios trastornos y sembró la consternación y el luto en suelo mejicano.

Llamado Porfirio Díaz á las armas, se hizo cargo del segundo batallón del Estado, en Diciembre de 1856, y en 13 de Agosto del año siguiente, derrotó en la acción de Ixcapa la numerosa fuerza que mandaba el coronel Salado, recibiendo en ella grave y profunda herida que puso en peligro su existencia. Apenas convaleciente, y sitiada Oaxaca por los reaccionarios, al mando del español José María Cobos, se le encomendó la defensa de Santa Catalina con algunos ezutecos y los serranos de Ixtlán, que voluntariamente se habían puesto bajo las órdenes del comandante Díaz.

El enemigo estrechaba el asedio, los víveres empezaron á escasear, y la disciplina se relajaba por lo crítico de la situación: la sagaz inventiva y bizarría de Porfirio Díaz, lo condujeron el 9 de Enero de 1858 al asalto de una trinchera de los sitiadores formada con sacos de harina, de los cuales intentó apoderarse, resistiendo el incesante fuego para dar tiempo á la llegada de los encargados del transporte: éstos no llegaron y el intrépido jefe obedeció la orden de retirada.

Pocos días después, el 16 de Enero de 1858, triunfó en Oaxaca la causa de la Reforma, y en Febrero del mismo año, el joven y ya benemérito Oaxaqueño, alcanzó un brillante triunfo en Jalapa contra los reaccionarios á las órdenes de Cobos. Ocupada la ciudad de Tehuantepec, ascendido el vencedor á teniente coronel, se le confirió el mando militar del departamento, puesto en aquella época muy peligroso y de alta responsabilidad, pues los elementos para la defensa se reducían á ciento cincuenta hombres, un cortísimo número de pertrechos de guerra y absoluta falta de dinero.

Al recorrer y estudiar la hermosa carrera del general Porfirio Díaz, encontramos en ella algunos puntos de contacto con la del ilustre general venezolano José Antonio Páez: en ambos se registran hechos de temerario valor, de intrepidez heroica, de ingeniosa estrategia militar y de sabia dirección política.

Obligado por la marcha de los acontecimientos y por la incomunicación con la capital del Estado, había dado el Gobierno amplios poderes á Porfirio Díaz, quien, rodeado de dificultades, careciendo de recursos, no esperando auxilios ni refuerzos y siempre en lucha con los enemigos, sostuvo glo-

riosamente la campaña y su inteligente actividad, suplió á cuanto era indispensable en tan anormales circunstancias.

Veíase cercado en la misma población por los patricios, nombre que llevaban unos quinientos tehuantepecanos hostiles á las reformas liberales y á las autoridades que sostenían aquéllas y que apoyados, por la mayoría de los habitantes, tenían constantemente en jaque, á las fuerzas del gobernador militar.

En un rancho llamado «Las Jícaras,» cercano á la ciudad, se habían reunido varios jefes enemigos con una gran partida de soldados que sin temor ni precaución se entregaban al descanso. Repentinamente se ven envueltos por una columna de constitucionalistas, al mando de Porfirio Díaz. Empeñóse la acción: uno y otro bando peleó con encarnizamiento. Las tropas del gobernador eran inferiores en número á los reaccionarios; pero ¿qué importa? Aunque combatiendo uno contra tres, arrollan, dispersan, matan y alcanzan la victoria. El coronel Conchado, el más atrevido y temible de los guerrilleros, quedó muerto en el campo con otros compañeros, y el caudillo liberal, pudo vanagloriarse de las consecuencias de aquel triunfo, que á mas de apaciguar la continua alarma en que vivían, demostró á la reacción la superioridad del vencedor.

Por esta acción de guerra, fué ascendido á comandante de batallón en 22 de Julio de 1858.

De triunfo en triunfo, adelantó abriendo camino y ensanchando el círculo de sus operaciones, á pesar de que suprimida la división de departamentos en el Estado de Oaxaca, quedaba con menor grado de autoridad y gravemente comprometida su salud, hasta el punto de que confiados los «patricios,» en la inacción forzosa del jefe político, cargo que entonces desempeñaba el comandante Díaz, intentaron atacar el cuartel. La noticia del peligro llegó hasta el enfermo: levántase sostenido por la fuerza moral, empuña la espada, corre á la pelea y derrota al enemigo.

Desfallecido por el violento esfuerzo, cayó al suelo; sus valientes soldados lo levantaron en sus brazos y lo condujeron á su domicilio.

En Noviembre de 1859, vencedores «Los Cobos» del general don Ignacio Mejía, se posesionaron de Oaxaca, y organizaron una columna destinada á tomar un depósito de armas y pertrechos que existía en Tehuantepec, así como á batir al teniente coronel Díaz, ascenso que había ganado en «La Mixtequilla,» combatiendo á los «patricios.» Sabedor del plan, resolvió burlar al enemigo, y desobedeciendo las órdenes del ministro de la Guerra don Melchor Ocampo, quien le prevenía se retirase con sus tropas á Veracruz y destruyera las armas y pertrechos, hizo trasladar á Juchitlán el precioso depósito en carretas y abandonó Tehuantepec, ocupado poco después por las tropas de Cobos.

Era el 24 de Noviembre de 1859: organizadas sus fuerzas, compuestas de trescientos hombres de infantería, adelanta el joven jefe á encontrar al enemigo hasta la ciudad que pocos días antes había evacuado; llega, sorprende las avanzadas; ataca el cuartel; se bate denodadamente hasta apoderarse de aquel importante punto, persigue por las calles á la caballería contraria, sin concederle ni aun el honor de batirse, la arroja al campo, la dispersa y logra un triunfo tan completo como glorioso é inesperado.

Desde su nombramiento como gobernador, comandante general de Tehuantepec, había demostrado, no sólo grandes facultades como guerrero, sino también como hábil gobernante.

Su celo se extendió á todos los ramos, y admirable es que consiguiera atender al desarrollo del comercio, de la enseñanza, al pago puntual de sueldos, al equipo de los soldados, á la continua y porfiada contienda y á crear recursos que cubrieran las necesidades perentorias y apremiantes.

El año de 1860 empezó con el encuentro de Mitla: el enemigo contaba mil hombres y el coronel Díaz quinientos ocho. La acción se empeñó, é indecisa al principio por haber tomado los contrarios las posiciones que ocupaban algunas de las fuerzas liberales, fueron, sin embargo, derrotados, y la victoria quedó por las tropas de Porfirio Díaz, recobrando el terreno perdido y apoderándose de la artillería, que hostilizaba con sus fuegos, aun cuando el valiente jefe, tuvo que retirarse abandonándola, pero no sin inutilizarla, dirigiéndose

con su diezmada fuerza al encuentro de la brigada de la Sierra, para incorporarse á ella.

En Mayo de 1860, mientras que el coronel Salinas se dirigía á Ixtlán, con la idea de buscar recursos necesarios para la campaña, supo Porfirio Díaz que los habitantes de Ixtepezi, se estaban batiendo en las calles con el enemigo, esperando recibir auxilio. Inmediatamente corrió á su socorro cuando ya los moradores del pueblo lo habían abandonado y seguían batiéndose al retirarse á Ixtlán. Díaz, y sus soldados empeñaron el combate, y desconcertando á las tropas de Atanasio Trejo, las derrotaron y persiguieron durante más de cuatro ó cinco leguas.

El gobernador civil de Oaxaca, don Marcos Pérez, había nombrado á Porfirio Díaz comandante en jefe de las tropas del Estado; pero en el generoso corazón del caudillo no tenía cabida la ambición, y con noble deferencia, cedió aquel honorífico puesto al coronel Cristóbal Salinas, quedando el coronel Díaz, como mayor general, segundo jefe.

De triunfo en triunfo y haciendo cada vez más ancho su campo de acción, llegó á ser electo diputado al Congreso de la Unión, y cuando ya el Gobierno constitucional triunfante de los reaccionarios, había vuelto á ocupar la capital de la República.

Las partidas revolucionarias á las órdenes de Márquez y otros jefes, dieron nuevo lustre y prestigio al bizarro coronel, que en Jalatlaco, conquistó por su denuedo el ascenso á general de brigada.

Cercanos acontecimientos le preparaban un extenso espacio, anchuroso escenario, en donde alcanzar inmortal página en el gran libro de la historia nacional.

La aurora de 1862 aparecía entre sombríos celajes: el sol de la libertad se ocultaba bajo nubes amenazadoras.

El suelo de los aztecas era hollado por extranjera planta, y América, la sultana de dos mares, presenciaba muda de asombro y de alvíva indignación aquella lucha, en la cual medían sus fuerzas la poderosa Europa y la patria de Cuanh-temoc; lucha de ideas; lucha de atletas; contienda de dos poderosos principios, ó mejor dicho, de uno joven, vigoroso y

fuerte, contra el espíritu de dominio y de conquista: la justicia y el derecho contra la fuerza.

La invasión francesa y el Imperio, fueron una terrible, pero heroica epopeya. El pueblo mejicano escribió con sangre en los campos de batalla las gloriosas páginas de su heroica defensa.

La convicción del triunfo, no abandonó ni un solo instante á los que peleaban por su libertad y su Independencia. Las hazañas memorables de aquella era inmortal merecerían detenido examen y mayor espacio, para que, recreando el ánimo, sirvieran á la vez de luminoso ejemplo.

Asombrosa fortuna acompañó durante la prolongada contienda al general don Porfirio Díaz; cada batalla era una victoria, y de no haber sido en el siglo XIX, acaso los soldados enemigos hubieran creído que el valeroso adalid estaba auxiliado por sobrenatural poder, de tal manera se multiplicaba y con pasmosa actividad reorganizaba sus escasas fuerzas y hacía frente al invasor.

Conocedor del terreno, perito en las estrategias de la guerra, rápido en las determinaciones, infatigable y perspicaz, no concedía momento de reposo á los imperialistas, y de improviso, cuando más escasos eran sus elementos, empeñaba el combate con prodigiosa intrepidez, resistía, acosaba y los vencía.

La Intervención, sembraba odios y desencadenaba tempestades, desde que roto el pacto de la Soledad se habían empezado las hostilidades. En el primer encuentro, en el sitio llamado «Escamela,» fueron vencidos doscientos zuavos por cuarenta mejicanos de la brigada del general Díaz, sirviendo de prólogo para la encarnizada lucha.

Mandaba entonces la segunda brigada del ejército de Oriente, el general Díaz, que al tener noticia del suceso, voló al llano de «Escamela,» y tuvo la gloria de ser el primero que contuviera la marcha del invasor: la retirada hasta Puebla puede calificarse como brillante victoria.

El ejército francés, había seguido á las tropas mejicanas, y con ellas vamos á encontrarlo en el asalto de Puebla, el memorable 5 de Mayo de 1862. Esta fecha inmortal en la

historia mejicana, fué también el más hermoso lauro para la corona del general Díaz.

Los franceses habían pernoctado en Amozoc, y las tropas mejicanas, ocupaban la ciudad y los fuertes de Guadalupe y Loreto.

El 5 de Mayo, en la madrugada, dispuso el general Zaragoza, que la división Oaxaca, mandada accidentalmente por el general Porfirio Díaz, tomara posición «en el extremo de la calle que sale á la plazuela de la Ladrillera de Azcárate, con dirección al camino de Amozoc.» Todas las demás fuerzas, hábilmente distribuidas, ocuparon los puntos designados esperando al enemigo, que no tardó en aparecer en la cumbre de la Sierra de Amaluca y de las Navajas; eran los célebres zuavos de Africa, aquellos guerreros que Napoleón III, miraba con singular preferencia. Casi al propio tiempo el enemigo invadía á la vez el camino de Amozoc á Puebla, y después de tomar el rancho adelantó, rompiendo el fuego contra los fuertes.

Los franceses fueron rechazados vigorosamente por los bravos defensores de la plaza, y las acertadas disposiciones adoptadas por el intrépido general Zaragoza, para rechazar al enemigo, dieron el más brillante resultado.

Creemos de interés histórico reproducir el parte del general Díaz.

«Cuartel Maestre-Ejército de Oriente. 3.^a División.

»Mayoría General.

»Me es grato poner en conocimiento de usted, los pormenores de la función de armas de ayer en lo relativo á la 3.^a división que actualmente mando.

»A las once y media de la mañana, cuando las columnas del enemigo estuvieron al alcance de nuestra artillería, comenzó un fuego activo de esta arma, por una y otra parte: durante este cambio de proyectiles, y durante los primeros ataques que la infantería enemiga dió á los fortines de Guadalupe y Loreto, las columnas que estaban á mis órdenes permanecieron en quietud, puesto que según instrucciones superiores, no llegaba aún el momento de moverlas.

»Entre las dos y las tres de la tarde, cuando más se empeñaba el combate en los fortines antes mencionados, observé que una gruesa columna de infantería se dirigía á mi frente apoyada por un escuadrón, y trayendo á vanguardia una numerosa línea de tiradores que ya comenzaban á batir al batallón Rifleros de San Luis, que en la misma forma cubría nuestro frente.

»Rifleros, permaneció combatiendo en su puesto, en términos que al emprender su retirada, según instrucciones que proveían el caso, ya no sólo era batido por los tiradores enemigos, sino comenzaba á sufrir los fuegos de la columna; en este momento mandé que el batallón Guerrero, á las órdenes del teniente coronel C. Mariano Jiménez, se moviese en columna hacia el enemigo, y desplegando sobre la marcha en batalla á su frente, le batiese sin dejar de ganarle terreno: comprometido este batallón en un serio combate y habiéndose alejado mucho, era indispensable protegerle y doblar su impulso en caso necesario, y á este efecto destacué los batallones primero y segundo de Oaxaca, al mando de sus respectivos jefes, C. coronel Alejandro Espinosa del primero y C. teniente coronel Francisco Loeza, del segundo, formados en una sola columna, y siguieron al enemigo con tal impulso, que lo fueron desalojando sucesivamente de las sinuosidades del terreno, que era una continuación de parapetos sobre la llanura: cuando nuestro ataque daba este plausible resultado, las columnas francesas, que por última vez y con indecible vigor atacaban al fortín de Guadalupe, se convirtieron en torrentes de fugitivos, que veloces descendían del cerro y parecían pretender cortar á los que combatíamos en el valle. En este momento, mandé que el batallón Morelos, que hasta entonces formaba mi reserva, se moviese en columna mandado por su teniente coronel C. Rafael Ballesteros, y con dos piezas de batalla, viniese á reforzar mi izquierda como lo hizo, acabando de rechazar á los que no consumaban aún su fuga. Mandé también, que por la derecha marchase Rifleros, con los escuadrones lanceros de Toluca y Oaxaca, en paralelo con Morelos y á su altura. Cuando en esta forma perseguía al enemigo, recibí repetidas órdenes para hacer alto, y lo verifiqué dejando á mi retaguardia el sitio del combate, y

con el enemigo al frente en el más completo desorden y á distancia de setecientos metros. En esta situación, y cambiando muchos tiros de artillería, permanecimos hasta las siete de la noche, hora en que por orden superior volví á ocupar mi línea. Por nuestra parte, hay que lamentar la pérdida del valiente capitán C. Manuel Varela y subteniente C. Manuel González, así como la herida del C. capitán José Omayá. El adjunto estado expresa los muertos y heridos de la clase de tropa pertenecientes á esta división, sin comprender á los lanceros de Oaxaca, por haberse considerado en la primera brigada de caballería. No puedo decir con certeza el número de muertos y heridos, del enemigo en esta línea, porque una comisión había comenzado á recogerlos antes que yo pusiese atención en ellos, y solo puedo asegurar, que he visto levantar más de veinte cadáveres del enemigo y un número de heridos mayor que no puedo calcular, y muchos de éstos han visto á los contrarios levantar multitud de heridos que conducían á su campo.

»Sírvasse usted felicitar á mi nombre, al C. general en jefe, aceptando para sí la promesa de mi aprecio y debida subordinación.

»Libertad y Reforma. Campo sobre el enemigo, Mayo 6 de 1862.

»PORFIRIO DIAZ.»

También reproducimos algunos párrafos del parte general en jefe.

«Después de mi movimiento retrógado que emprendí desde las cumbres de Oculcingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente mes, según tuve el honor de parte á usted.

»El enemigo me seguía á distancia de una jornada pequeña, y habiendo dejado á retaguardia de aquél la segunda brigada de caballería, compuesta de poco más de trescientos hombres para que en lo posible le hostilizara, me situé como llevo dicho en Puebla.

• • • • •
»A las cinco de la mañana del memorable día 5 de Mayo,